

# Responsabilidad y compromiso ante la adversidad

El aprendizaje en la Cuba contemporánea transita por un entramado de limitaciones que obstaculizan el desarrollo habitual del curso escolar. Este contexto se ve agravado por la crisis de combustible y su impacto en el sector electroenergético, ambos consecuencia del bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por los Estados Unidos. En Villa Clara, como en el resto del país, sortear estas barreras constituye una constante para el alumnado y representa un desafío mayor para quienes se disponen a ingresar en la educación superior.

La situación actual permite evocar el auge de la COVID-19, cuando la instrucción a distancia y semipresencial se erigió en estrategia pedagógica para garantizar la continuidad de los procesos formativos, y, a la vez, resguardar la salud de docentes y educandos. Durante la crisis epidemiológica, si bien resultó determinante la sinergia entre actores del escenario socioeconómico cubano, la infraestructura existente desempeñó un papel clave al posibilitar el despliegue de las diversas opciones educativas. Ello favoreció la circulación de materiales académicos a través de múltiples plataformas digitales, con acceso gratuito, ya fuera desde la modalidad de Nauta Hogar o mediante datos móviles. De igual modo, en el aislamiento, la relativa estabilidad del servicio eléctrico facilitó en gran medida la recepción de las teleclases.

Si bien la experiencia brindada durante la pandemia allanó el camino, hoy la isla se encuentra en circunstancias aún más críticas. Los prolongados cortes de energía no solo trastocan las rutinas de estudio y generan frustración, sino que, para muchos, implican la pérdida total de conectividad hasta el restablecimiento del servicio. A ello se suman las restricciones en la adquisición de paquetes de datos móviles, obstáculo

particularmente severo para quienes carecen del servicio de Nauta Hogar. Pese a las concesiones de Etecsa, el excedente ofertado resulta a menudo insuficiente ante el elevado consumo de megas que demanda la consulta de información en plataformas extranjeras para trabajos académicos. Paralelamente, los recortes en el transporte público han convertido la asistencia a los centros escolares que aún mantienen la presencialidad en una empresa titánica.

En medio de esta vorágine, hablar de responsabilidad individual y familiar no constituye un cliché, sino una exigencia ineludible. En este sentido, aprender implica asumir que el crecimiento intelectual y la obtención de una carrera universitaria requieren constancia y compromiso. Por tanto, corresponde al estudiante definir su margen de acción con los recursos disponibles, emplear sus habilidades en favor de su bienestar educativo, sortear la pereza y el desánimo, y trazarse metas progresivas hasta alcanzar sus objetivos.

A la familia también le competen deberes insoslayables: velar por que las condiciones domésticas favorezcan la concentración, supervisar la sistematización de los contenidos, mantener una comunicación fluida con los docentes y transmitir al alumno la certeza de que el esfuerzo invertido vale la pena. Así, el respaldo familiar se erige en anclaje emocional y logístico para que el joven sostenga sus aspiraciones sin rendirse ante los obstáculos cotidianos.

No obstante, el sistema educativo también debe velar por la correcta preparación



de los estudiantes. Alexander Iván Vázquez Vega, jefe del Departamento de Preuniversitario de la Dirección General de Educa-



Por Laura Beatriz Zaita Arjona  
(laurabeatriz@vanguardia.cu)

ción en Villa Clara, mencionó que en mayo comenzará la sistematización con vistas a los exámenes de ingreso. Para ello se contará con las teleclases —que posteriormente serán analizadas en conjunto por profesores y educandos—, accesibles mediante soportes digitales, dispositivos USB o sus emisiones en vivo, según el territorio y las condiciones energéticas. Además, los aspirantes pueden complementar su aprendizaje con modelos de convocatorias anteriores, igualmente a su disposición.

En cuanto a otras modalidades de estudio, el directivo se refirió a un grupo de alumnos matriculados en la enseñanza de jóvenes y adultos, que desde septiembre reciben preparación para el ingreso. Enfatizó, asimismo, que quienes no puedan asistir a su escuela en el horario matutino pueden recibir la misma formación en esos centros durante la tarde.

Respecto a las opciones para los aspirantes, destacó las tres convocatorias vigentes para acceder a la universidad: la primera, para quienes aprueben los tres exámenes; la segunda, para quienes desapruében alguno, y la tercera, que, a diferencia de cursos anteriores, está abierta a todos los que hayan concluido el bachillerato, independientemente de la vía de egreso.

En definitiva, el tránsito de los estudiantes hacia el nivel de enseñanza superior se presenta como un panorama tan complejo como revelador. Las barreras estructurales persisten, pero la confluencia del esfuerzo individual, el compromiso familiar y la capacidad del sistema para ofrecer alternativas flexibles constituye el motor de la futura fuerza laboral cubana.



Por Alba Thalía Valle Gómez  
(albathalia@vanguardia.cu)

## Influencers y periodistas: ¿aliados?

No cabe duda de que en la última década los *influencers* han transformado el ecosistema mediático. Con millones de seguidores en Instagram, TikTok y YouTube, estos creadores de contenido han emergido como voces poderosas que moldean opiniones, marcan tendencias y, en muchos casos, dictan el pulso de la información.

Consecuencia directa: esta nueva realidad plantea interrogantes sobre la relación entre *influencers* y el periodismo tradicional. ¿Debería el periodismo salvarse de los influencers, y viceversa?

Por un lado, las redes sociales han democratizado la comunicación, permitiendo que cualquier persona con un teléfono celular y una idea pueda compartir su voz. Esto ha abierto espacios para narrativas diversas y ha dado visibilidad a temas que a menudo son ignorados por los medios convencionales.

En este sentido, los *influencers* pueden ser vistos como aliados del periodismo, ya que amplían el alcance de la información y fomentan la participación ciudadana. Sin embargo, la falta de regulación y las



dinámicas de contenido patrocinado han generado preocupaciones sobre la veracidad y la ética en la información que comparten.

A menudo, los *influencers* priorizan el *engagement* sobre la precisión, lo que puede llevar a la difusión de desinformación. Aquí es donde el periodismo

tiene un papel crucial: su compromiso con la investigación rigurosa y la veracidad puede servir como un contrapeso necesario en un ecosistema donde las noticias virales a menudo superan a las verificadas.

La relación entre ambas partes no tiene por qué ser antagonista. En lugar de verse como competencia, pueden beneficiarse de una colaboración que potencie sus fortalezas.

Los periodistas pueden aprender a comunicar sus historias de manera más atractiva y accesible, aprovechando las

plataformas que dominan los *influencers*. Mientras, estos últimos pueden beneficiarse de la credibilidad que aporta el periodismo tradicional al respaldar su contenido con información verificada.

Aunque los creadores de contenido han ganado terreno y pueden ofrecer una forma fresca y accesible de comunicación, el periodismo sigue siendo fundamental para garantizar que la información sea veraz, responsable y en beneficio del interés público. En lugar de desplazar al periodismo, es más probable que ambos coexistan y se complementen, cada uno aportando su propia perspectiva y valor al panorama mediático.

Más que una batalla entre dos mundos, lo que se necesita es un diálogo constructivo que permita integrar lo mejor de ambos. El periodismo no debe temer a los *influencers*; en cambio, debe buscar formas de cohabitar y colaborar con ellos. Solo así se podrá construir un ecosistema mediático más robusto, donde la diversidad de voces se complemente con el rigor informativo.